

PRIM Y VALLE INCLÁN

Por azar, dos circunstancias han venido a asociarse en estos días: una, la exhumación y traslado de los restos del **general Prim** a la ciudad de su nacimiento, donde ya cabalgaba en estatua «inmóvil con todo brío» el militar-político del siglo XIX español que mayor interés ofrece. Ha sido la otra la reposición, aún próxima, de una obra dramática de Valle Inclán, escritor que, muy admirado durante su vida, no ha dejado de crecer y extender su fama en el transcurso de los años. Esta asociación casual me ha llevado a releer las páginas del escritor en que se narran algunos momentos de la vida de aquel militar-político.

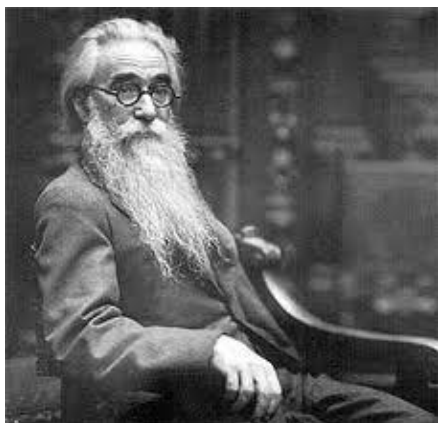


Sucede ello en el tercer volumen de la primera serie del Ruedo Ibérico. Emplea Valle Inclán en estos episodios nacionales -tan alejados del modo realista de Galdós- una técnica literaria de gran virtuosismo estilístico en el género del «esperpento», por él mismo creado; género de caricatura y deformación que se inspira, según su autor, en las visiones de los espejos deformantes del callejón del Gato, si mal no recuerdo.

Entiende Valle Inclán que sólo por ese procedimiento puede presentarse, con expresión adecuada, la realidad a un mismo tiempo trágica y grotesca de la España de la segunda mitad del siglo XIX. Por lo que se refiere a la noble figura del general Prim no es mucho más piadoso que en relación con los otros personajes de la época, pero no ignora ni la auténtica bizarría del héroe de los Castillejos ni la muy clara inteligencia y la profunda visión política del conde de Reus. Y por añadidura -esto Valle Inclán lo subraya- con fe mesiánica en su estrella. Dando de lado a la sátira, lo que en Valle Inclán me ha llamado la atención es la excelente documentación histórica acopiada por el gran escritor para su transmutada y estilizada versión de hechos y personajes. Por muy escritor puro que le consideremos, Valle Inclán evidencia en esta parte de su obra el escozor con que la realidad española desazonó a toda su generación. «El extravagante ciudadano», como le motejara el general Primo de Rivera, era sin duda ciudadano de raza y muy escrupuloso en cuanto a su información se refiere. En «Baza de Espadas» son particularmente interesantes las páginas que se refieren a los contactos entre carlistas y liberales cuando se tambaleaba el Trono de Isabel II, la Reina castiza a quien nadie pretendía ya defender ni justificar.

Los contactos de entonces entre los partidos carlista, liberal y progresista son poco conocidos y comentados, aunque, a mi juicio, revisten un gran interés: el interés de las ¡ocasiones perdidas! que en la Historia contemporánea de España han sido tan numerosas. Mi antigua curiosidad por el tema ha puesto en mis manos la fuente carlista que, con toda seguridad, sirvió a Valle Inclán para tratar el tema que comentamos. Se trata de un libro, hoy raro, titulado *Páginas para la Historia del Partido Carlista: Carlos VII y Cabrera*. La información de este libro está sintetizada y deformada artísticamente por Valle Inclán, pero en lo sustancial se atiene a ella. Visto en «esperpento», Prim era para Valle el emigrado de Londres, oportunista, capcioso y sin

doctrina que buscaba con segundas miras el abrazo de todas las facciones revolucionarias «bajo el señuelo rojo y gualda de la voluntad nacional».



Si descontamos la deformación que hace **Valle Inclán** de los rasgos del general resultará el retrato de un patriota que buscaba la concordia de los españoles en un régimen político viable: incluso con los carlistas, y hay que decir que en aquella intentona éstos recorrieron la mitad del camino. Gestor de esta tentativa e inspirador de Carlos VII fue Cascajares, quien escribió al pretendiente (que residía en Gratz) dándole cuenta de sus tanteos con la facción liberal y más en concreto con sus jefes Prim y Sagasta. Cascajares se refería a las dificultades que al héroe de los Castillejos se le ofrecían para encontrar un justo medio que ni mantuviera a España en el marasmo ni la arrojara a la aventura del republicanismo revolucionario. Pensaba Prim que el liberalismo y la democracia no eran posibles en España sin compensarlos con el punto de tradicionalismo que representaba la Monarquía. ¿Pero qué solución dar al problema? ¿Un rey extranjero? Prim temía que tal rey tendría en el país difícil arraigo. Por otra parte llegaban a él las corrientes de renovación que se producían en el partido carlista. El mismo Cabrera reclamaba una acomodación a la exigencia de los tiempos: «el carlismo debe marchar con el siglo», decía desde Londres el antiguo tigre del Maestrazgo, donde vivía casado con una inglesa protestante. Cascajares, por su parte, propone al Rey un programa de coincidencias con los liberales que presupone la modernización del partido. El sufragio universal debería sancionar «el hecho» de la entronización de Carlos VII, pero sin engendrar «su derecho», porque esta legitimidad nace de la Historia. El Régimen sería constitucional y el Rey no lo sería ya sólo de los carlistas ni de ninguna otra facción, sino que, como repetía el mismo don Carlos, «sería Rey de todos los españoles» y arbitro incondicionado. Para animar a su Soberano, Cascajares argüía con la debilidad del partido dominante: «El partido oficial –decía-, que por tantos años venía dominando al país, vive todo del presupuesto y se compone todo de vampiros que jamás se sacian de riquezas y que han desmoralizado al país con sus vicios.»

Se trataba de un buen arreglo: el carlismo ponía al Rey -un Rey nacido fuera de España, pero con un patriotismo español exaltado, formado en la Europa moderna, descendiente legítimo de la dinastía española- y el liberalismo ponía el programa de acomodación al siglo. Carlos VII, poco más que adolescente entonces, fue ganado con entusiasmo por las sugerencias de Cascajares. Prim y Sagasta estaban dispuestos a conversar. El pretendiente quiso contar con el máximo prestigio del carlismo, con Cabrera, conde de Morella, y se apresuró a escribirle rogándole que se trasladara a Gratz para participar en las conversaciones, pero Cabrera se excusó alegando una grave enfermedad. Don Carlos, muy activo, allanando obstáculos, se precipitó en viaje atravesando Austria y Francia de incógnito y al llegar a Londres, acompañado de Marichalar, no encuentra a Cabrera en el lecho del dolor y va a buscarlo a su casa de campo en Wentworth, donde le dijeron que había salido (¡Ay, señor Cabrera, qué poca formalidad!). A poco regresó éste y «don Carlos le saludó con efusión, dándole la enhorabuena por su rápida cura». Se convino en citar para los días siguientes primero a Sagasta, y luego, a Prim. Llega Sagasta y Cabrera -«ojos de gato, cautela de zorro,

falacias de seminarista»- pide al Rey entrevistarse él con don Práxedes, antes de que éste pasara a la audiencia real. Valle Inclán reconstituye, con elementos de otras ocasiones, una hipotética conversación. Arjona, autor del libro a que me he referido, se limita a decir que Cabrera se mostró en la entrevista «como carlista intransigente haciendo un paralelo de todo lo que su nombre y el de Prim levantarían en España», y por sí y ante sí decidió dar por terminada la negociación. Y cuando volvió adonde el rey le esperaba le dijo muy contento: «Ya han volado.» (Valle Inclán pone aquí en su boca un discurso un poco más prolijo, pero sustancialmente verosímil.) Prim, que habría evitado con su proyecto la guerra civil, fracasado su plan, hubo de resignarse a «sacar a subasta el Trono de España». Castelar, ante la elección de Don Amadeo, pronunció estas palabras: «En la temperatura glacial de la Cámara no se puede forjar una corona, operación que necesita el fuego del entusiasmo.»

Aparte de todo esto, mi propósito ha sido poner de relieve la viva correlación que se da entre la imaginación creadora de Valle Inclán y el acontecer histórico efectivo, que en la prosa inimitable del gran don Ramón adquiere nueva vida y donde lo pintado vale más aún que lo vivido. Releyendo ahora no puedo, sin embargo, librarme de una reflexión melancólica: años después del asesinato de Prim (¿cuándo rendir el homenaje que es debido a la heroica independencia del juez y el fiscal que intervinieron en el proceso judicial, como ha recordado Pedrol Rius en libro excelente?) el general fue convertido en héroe de gesta por el pueblo español que cantaba: «Si levantara cabeza aquel valeroso Prim y viera cómo se encuentra esta nación infeliz.» Y en cuántas ocasiones más, como sostenido en el saliente de roca de una posibilidad perdida, no se habría podido decir: «Si hubieran llegado a un acuerdo...» «Si hubiera vivido...» Si...

(ABC, 6 de marzo 1971.)

NOTA:

La desleal maniobra de Cabrera -«ojos de gato, cautela de zorro, falacias de seminarista», como el gran don Ramón del Valle Inclán lo describe- frustra un plausible



proyecto de Prim con los liberales, de una parte, y con los carlistas, con su rey Carlos VII, de otra, para establecer las bases de la convivencia en nuestro país que evitara la guerra civil. Más tarde, como es bien sabido, el general Prim -que fue sin duda la primera figura de la Revolución de Setiembre- se dedicó entonces -no sin dificultades- a buscar entre las casas reinantes de Europa rey o príncipe que ocupara el trono de España: don Fernando de Portugal, el duque de Génova, Leopoldo Hohenzollern... hasta que consiguió la aceptación de don **Amadeo de Saboya, duque de Aosta**, hijo del rey de Italia. Es ya de señalar que, cuando en Italia se le hizo el ofrecimiento por una comisión de las Cortes de España, dijo que su lealtad se sobrepondría a la lucha de los partidos y que no tendría otra aspiración que la concordia y la prosperidad del país. Y al despedirse del rey de Italia el presidente y los miembros de aquélla, les

manifestó: «A vuestra lealtad y a la lealtad del pueblo español fío la vida y el porvenir de mi amadísimo hijo.»

Lo cierto es que don Amadeo fue un rey caballeroso, leal sin ambición y abnegado. Creo que deberían recordarse con frecuencia, por su valor moral, humano, las muy nobles palabras del mensaje que dirigió a los españoles, por medio de las Cortes al renunciar a la corona, diciéndoles que estuvo decidido a inspirarse únicamente en el bien del país y a colocarse por encima de todos los partidos. Resuelto a cumplir religiosamente el juramento prestado ante las Cortes y a hacer todo linaje de sacrificios para dar a los españoles la paz y la libertad que merecían, y que había creído que la lealtad de su carácter supliría su corta experiencia en el arte de mandar y lo ayudaría a conjurar peligros y dificultades y a poner termino a sangrientas, estériles, luchas; pero, dijo, todos los que con sus luchas precipitan y agravan los males de la nación son españoles. «Todos invocan el dulce nombre de la Patria, todos pelean y se agitan por su bien.» Ese bien, afirmó literalmente:

«...lo he buscado ávidamente dentro de la ley y no lo he hallado.
Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.»

Y teniendo la convicción de la esterilidad de sus esfuerzos devolvió a la nación la corona, haciendo renuncia por él, por sus hijos y sus sucesores. Y termina diciendo: «Pero no me desprendo del amor a esta España tan noble como desgraciada. A la que no he podido procurarle todo el bien que mi leal corazón para ella apetecía.»

* * *

No importa que la redacción material del documento fuera obra de Ruiz Zorrilla, porque las ideas y el espíritu son del rey, que también estuvo acertado en la elección de «un negro» ilustre -indispensable en este caso para traducir en lengua española el pensamiento del monarca- de talla muy superior a la de los «negros» que corrientemente con tanta prodigalidad aquí se utilizan.

Como hoy está casi olvidado, tuve grata sorpresa cuando, paseando un día por las calles de Castellón de la Plana -vieja capital de mi infancia-, me encontré en una de ellas una placa que decía: «Calle de Amadeo I.» Estaba medio tapada por uno de esos anuncios comerciales luminosos que todo lo invaden; me trasladé al Ayuntamiento y pedí al alcalde que, respetando el derecho del comerciante a mantener su anuncio, lo desplazara un poco para que con claridad pudiera leerse el nombre de aquel rey caballero, pues ello constituía un raro caso de lealtad que honraba a la ciudad. Y así se hizo.

En la contestación que la Asamblea Nacional -redactada por Castelar- dio al rey don Amadeo I se dice que las Cortes de la Nación han oído con religioso respeto el mensaje del rey, en cuyas caballerescas palabras de rectitud, honradez, de lealtad – fidelísimo guardador de los juramentos prestados- han visto un nuevo testimonio de las altas prendas de inteligencia y de carácter que le enaltecen y de su amor acendrado a su segunda patria; y sólo el conocimiento que las Cortes tenían del inquebrantable carácter del rey, de su justicia, de la madurez, de las ideas y la perseverancia de sus propósitos, les impedían, con dolor, rogar que volviera sobre su acuerdo.